



HACIA UNA ESTRATEGIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ARGENTINA

Torcuato S. DI TELLA

En Argentina, como en los demás países latinoamericanos, en los momentos de creación y primera expansión de la ideología socialista universal las condiciones no estaban dadas para una acción autónoma de la clase obrera. De hecho, apenas si lo estaban para la burguesía capitalista.

Extrañamente, en cambio, había ya una tradición y una experiencia de movimientos populares de rebeldía, desde el Túpac Amaru a la Insurgencia mexicana de Hidalgo y Morelos y la rebelión de esclavos de Haití, incluyendo fenómenos caudillistas, algunos bastante radicales como el artiguismo, y otros más conservadores pero no por ello menos movilizadores de masas como el rosismo. En la experiencia europea fenómenos semejan-

tes, especialmente el de la Revolución Francesa, en sus aspectos más radicales, fueron siempre parte de los antecedentes tomados por el socialismo como formadores de su ideología. En cambio, las rebeliones populares y los caudillismos movilizacionistas latinoamericanos están más huérfanos de intérpretes ideológicos, han sido menos incorporados al *corpus* principal de una construcción teórica con pretensión de validez universal. No es, por

***La práctica
socialdemócrata se
consolida en Argentina
encauzada en un partido
socialista que fue
integrando las corrientes
anarquistas y sindicalistas
revolucionarias.***

cierto, que no tengan sus herederos intelectuales y sus cultores, pero en general se trata de una instrumentación más directamente política, con un fuerte contenido nacionalista. Así, por ejemplo, los insurgentes de 1810 están incorporados en el panteón mexicano, pero no son suficientemente conocidos ni tomados en serio en el resto del continente. Y lo mismo pasa con los demás episodios mencionados, que a lo sumo adquieren trascendencia localista y patriótica, sin alcanzar a ser parte de un *racconto* universalista con valor teórico e ideológico.

En la concepción de Marx y de sus primeros seguidores todos estos procesos políticos latinoamericanos eran ignorados, tergiversados o, a lo sumo, objeto de interés anticuario. Su conocimiento y elaboración científica no eran considerados parte del instrumental teórico necesario para orientar mejor las luchas por el socialismo, que en cambio sí podía sacar conclusiones útiles de una interpretación crítica de la Revolución Francesa o aún la Inglesa. Esta actitud fue adoptada en buena medida por los primeros pensadores socialistas en nuestro continente. El fenómeno se dio, lógicamente, más en aquellos países como Argentina, Uruguay, el sur del Brasil, o aun Chile, influidos por la inmigración masiva europea.

Sólo a principios de siglo comenzó a haber, en proporciones importantes, ma-

sas obreras sindicalizables con capacidad de acción colectiva propia y de enfrentamiento incluso violento con el orden establecido.

La práctica socialdemócrata se consolidó en Argentina encauzada en un partido socialista que lentamente fue integrando o marginando a las corrientes anarquistas y sindicalistas revolucionarias, y que tenía a su lado a un partido comunista muy marcado por la táctica del Frente Popular. Conociendo los eventos posteriores a la segunda guerra mundial se puede ver que ya entonces el socialismo argentino adolecía de ciertas fallas que le impedían penetrar en las partes del país menos tocadas por la inmigración europea. Un cierto dogmatismo le impedía entender —o captar— parte del electorado del partido popular de aquella época, la Unión Cívica Radical. Pero hasta el advenimiento del peronismo, el partido socialista se proyectaba como la principal expresión política de la clase obrera organizada del país, en alianza con sectores de baja clase media intelectualizada, como es típico del modelo socialdemócrata. Un partido comunista débil electoralmente —y a menudo ilegalizado— pero con bastiones sindicales sólidos completaba el panorama, aportando lo que podía llamarse un «eurocomunismo» *avant la lettre* en lo referente al uso de tácticas reformistas, aunque no en lo concerniente a su dependencia respecto a Moscú.

Las peculiares tensiones sociales existentes en Argentina durante la segunda guerra mundial —ligadas a la etapa de industrialización por la que pasaba el país, necesitado de proteccionismo para consolidar el crecimiento inducido por el conflicto bélico— produjeron una verdadera mutación en el sistema de partidos políticos. Antes de la guerra éste se parecía bastante al chileno, reconociendo ambos cercanos modelos europeos. En la izquierda, gamas de socialismo, con mayor

poder electoral en Chile, pero nada despreciables en Argentina. En el centro, el radicalismo, a ambos lados de la cordillera. En la derecha una combinación liberal-conservadora, fuerte electoralmente en Chile, aunque con ayuda de la compra de votos, y relativamente débil en Argentina donde recurría directamente al fraude, sin por eso estar ausente del panorama como fuerza capaz de competir, al menos en algunos distritos electorales de peso. En Chile el sistema sobrevivió a diversas conmociones, superando el impacto meramente temporal del ibañismo en 1952. En Argentina, en cambio, del seno del régimen militar iniciado en 1943 emergió un nuevo proyecto político, encabezado por Perón, y apoyado por una élite cívico militar de muy heterogénea composición ideológica. La gran mayoría de los intelectuales de izquierda, directa o indirectamente ligados al polo socialista del esquema anterior, se colocaron en firme oposición a lo que ellos veían como reproducción americana del fascismo europeo, con parecida capacidad de llenar las plazas de multitudes, en buena medida movilizadas contra los centros de la alta finanza y del capitalismo internacional. Entre los sindicalistas de mayor militancia ideológica también se dio un rechazo a la nueva experiencia, aunque un número considerable de antiguos jefes obreros se plegó al nuevo movimiento. Este, sin embargo, en lo principal reflejaba el acceso de nuevas masas antes no incorporadas al sistema, y dispuestas a admitir fácilmente liderazgos externos y planteamientos pragmáticos pues no tenían o no reconocían una tradición ideológica propia, de clase. Más bien, dado su carácter en gran parte migratorio del interior del país, o su anterior pasividad, estaban favorablemente predispuestas a dirigencias paternalistas y a lo que Juan B. Justo había estigmatizado como «política criolla». Eran, justamente, criollos, definiendo la palabra con cierta amplitud, incluyendo a más de un hijo de extranjeros que buscaba reafirmar su na-

Hasta el advenimiento del peronismo el partido socialista se proyectaba como la principal expresión política de la clase obrera organizada.

cionalidad contra el excesivo eurocentrismo de la izquierda clásica, en todas sus variantes, desde la socialdemócrata a la anarquista y la comunista.

¿Podría la izquierda argentina haber reaccionado diferentemente ante el reto que provenía del Secretario de Trabajo y Previsión del régimen militar? La posibilidad debe ciertamente admitirse, aunque a veces se argumenta, equivocadamente, que lo que ocurrió debía necesariamente ocurrir. Incluso está el cercano ejemplo de Chile, donde la izquierda supo reaccionar con éxito ante un rival populista semejante, el general Ibáñez, con una mezcla de alianza, negociación y oposición por parte. claro está, de diversos componentes de su conjunto político. De todos modos, y sin negar la posibilidad y quizás aun la deseabilidad de una reacción distinta, el hecho es que las cartas estaban dadas en Argentina de manera tal que era muy difícil jugar con éxito la mano que poseían los partidos y núcleos de orientación socialista. Hay que tener en cuenta que la distorsión ideológica producida por el modelo europeo a nivel intelectual generaba un «efecto de demostración» mucho más fuerte en el Río de la Plata que en el resto del continente. Por otra parte, la enorme fuerza del impacto inmigratorio extranjero a nivel de masas, no igualado en ninguna otra parte del mundo, había creado, ya no en las élites sino en niveles populares, grandes ausencias de participación. En Argentina,

durante décadas, la enorme mayoría tanto de la burguesía urbana como de la clase obrera cualificada había sido extranjera, y por lo tanto poco integrada al sistema de participación ciudadana, a pesar de las notables excepciones que se pueden señalar. Ese vacío de participación debilitó o incluso imposibilitó la emergencia de un fuerte partido burgués progresista —que Juan B. Justo ansiaba casi tanto como uno socialista—siendo su lugar reemplazado por un partido conservador estancieril, y por un populismo de clase media, ninguno de los cuales tenía suficiente raigambre en la burguesía próspera de las ciudades. El vacío dado por la condición extranjera también debilitó los vínculos orgánicos entre la clase obrera y el sistema de partidos que la podía representar en el Congreso, dando en cierto sentido pies de barro tanto al Partido Socialista como al Comunista.

El movimiento político dirigido por el general Perón demostró ser perdurable, a diferencia del integrado en torno a su émulo chileno. La diferencia no puede buscarse en un contraste entre las dotes de ambos caudillos. Más acertado es fijarse en la existencia, en Argentina, de muy importantes intereses industriales y militares que buscaban expresarse, durante la segunda guerra mundial, preparándose para afrontar un futuro que les parecía desastroso para después de la guerra. Esta convergencia industrial-militar no tuvo

***El peronismo en el poder
demostró no tener
un gran respeto al sistema
de libertades públicas.***

equivalente en Chile, o al menos no lo tuvo con suficiente fuerza y sentimiento de crisis pendiente como para generar los fenómenos ideológicos, psicológicos y políticos que formaron la elite peronista y le dieron su peculiar capacidad de comunicación de masas.

El peronismo en el poder demostró no tener un gran respeto al sistema de libertades públicas y equilibrio de poderes. Sus ribetes autoritarios se evidenciaron desde un comienzo; en realidad, estaban ínsitos en su origen en la dictadura militar del 43. Una de sus primeras víctimas fue el propio Partido Laborista, principal órgano partidario en que se expresó el movimiento popular que lo llevó al poder, y en el que algunos antiguos jefes sindicales pensaban reproducir la experiencia británica, pero con acentos nacionales a diferencia de los extranjerizantes del partido socialista, más afín al modelo centralizado francés o alemán que al altamente federativo y amalgamador de diversas tendencias ideológicas vigente en Inglaterra. Ya antes de asumir el poder Perón disolvió el Partido Laborista, lo que suscitó reacciones muy débiles en su seno. Luego fue ajustando los controles sobre otros aspectos de la vida nacional, en particular desde la *razzia* de diarios independientes realizada en 1950, y el control de la radio y luego de la televisión, a la que la oposición no tenía acceso más que en muy contadas ocasiones.

Estos fueron años de particular descrédito del modelo socialdemócrata en Argentina, reducido al ámbito de un partido socialista convertido en aliado menor de una coalición de centroderecha que incluía también un radicalismo muy reducido electoralmente, instrumentado como vocero de intereses conservadores y de complots militares. Después de la caída del peronismo en 1955 este esquema político continuó, o incluso se agravó, pues muchos ideólogos de orientación socialdemócrata

se convirtieron en perseguidores, demostrando algunos de ellos una particular dureza hacia las huestes populares «equivocadas» y una excesiva ductilidad ante el advenimiento de nuevos regímenes militares que salvaran al país de un retorno peronista.

Cambios en el clima ideológico

Avanzando los años sesenta la situación se puso, si cabe, peor. El impacto de la Revolución Cubana se hacía sentir cada vez más, a lo que se sumó el del Mayo francés de 1968. Aunque el modelo soviético también sufría una fuerte erosión gracias a un mayor conocimiento de su práctica represiva, sus antiguos partidarios se orientaban a versiones más radicalizadas, como la china, o hacia los fenómenos populares del Tercer Mundo. Esto, a pesar de que llevó a creer en mesianismos, significó un elemento positivo, una primera reacción ante la obnubilación por los modelos europeos. La conclusión no tardó en deducirse: el peronismo era la vía maestra hacia la revolución social en Argentina. La naturaleza polifacética de ese movimiento respondió a ese acercamiento, y pronto se formó un fuerte sector de ultraizquierda entre las huestes peronistas, genuinas o autoproclamadas tales. Entre la *intelligentsia* y el estudiantado la afluencia hacia el peronismo fue masiva, llevando a la violencia y al acceso compartido del poder en 1973. El peronismo, en realidad, se convertía así en una coalición amplísima, que albergaba al mismo tiempo a la extrema izquierda y la extrema derecha. Este es un fenómeno menos extraño que lo que puede parecer, sobre todo si se toman en cuenta algunas experiencias históricas propias, debidamente analizadas, claro está. Esa convivencia de extremos ya se daba en México en el siglo pasado en el entorno de Iturbide, y luego en un par de ocasiones fue vuelta a ensayar por Santa Anna. En Argentina el primer sorismo

Amplios sectores miran a la socialdemocracia europea como ejemplo de una genuina tercera posición entre el capitalismo salvaje y el totalitarismo comunista.

también evidenció esa característica al unir los restos del federalismo populista liberal de Dorrego con los más encumbrados estancieros y católicos ultramontanos. En la experiencia europea estas extrañas alianzas son menos frecuentes. Su mayor incidencia entre nosotros —y en general en el Tercer Mundo— se debe a nuestra condición periférica, asociada al desarrollo desigual y a la coexistencia en un mismo país de formaciones sociales muy disímiles, típicas en los países centrales de etapas muy distanciadas en el tiempo. Se superponen entonces estructuras sociales incongruentes, y deben convivir sus expresiones ideológicas dando lugar a alianzas y convergencias de intereses no predecibles en términos de un esquema de desarrollo más lineal, o más europeo.

La convergencia político ideológica que se dio en torno al peronismo en 1973 es uno de los casos más extremos de este tipo de alianzas. En la mezcla, por cierto, la socialdemocracia brillaba por su ausencia. Incluso la preocupación por la democracia era muy tenue, considerándose en amplios sectores de la alianza una mera superchería burguesa. Algunos favorecían soluciones autoritarias, mientras otros pensaban que la «verdadera democracia» surgiría naturalmente después de la revolución. Una gran parte de la *intelligentsia* y estudiantado del país participó en este frenesí ideológico, no peor, por cierto, que tantos otros que han afectado a la humani-

***La redescubierta
valorización de la
democracia hacia poco
atractivo el peronismo,
a pesar de su fuerte
componente obrero
y popular.***

dad en su larga historia. La realidad propinó durísimos golpes a los participantes en ese entusiasmo colectivo, primero por la eclosión de las contradicciones internas de la coalición, donde el sector de derecha se impuso, y luego por la represión del régimen militar.

La autocrítica por la que pasó la aludida generación intelectual argentina produjo al comienzo de los años ochenta una desilusión general con las recetas revolucionarias de tipo marxista, nacionalista o peronista «de bases», y se convergió hacia una revalorización de la democracia realmente existente, o sea de la basada en una economía mixta, aunque para algunos ésta sólo es una etapa transitoria hacia formas de democracia participativa más genuina.

De todos modos, no es ya como antes una creencia casi mágica en una futura democracia generada por la dictadura proletaria, sino una percepción de que se trata de una lenta construcción institucional. Ya no se cree que la dialéctica o alguna otra entelequia metafísica garantice la meta final, o la conversión de una experiencia en su contraria. A fin de cuentas, en los ambientes intelectuales hay cada vez una mayor confianza en los valores permanentes de la democracia en su variante occidental conocida. Esto, sumado a una preocupación por los cambios sociales, debería llevar a la socialdemocracia. De hecho, amplios sectores, desilusionados por las

experiencias soviéticas o chinas, o incluso por la cubana, y dejando de lado la emulación de los líderes movilizacionistas del Tercer Mundo, miran a la socialdemocracia europea como ejemplo de una genuina tercera posición entre el capitalismo salvaje de mercado y el totalitarismo comunista o sus réplicas en algunas variantes de nacionalismo revolucionario.

En este ambiente intelectual empiezan a reactivarse los partidos políticos en Argentina, a comienzos de los ochenta, basándose, claro está, en los núcleos que habían mantenido durante muchos años una larga y a veces desesperada lucha por la recuperación de la democracia. Dentro de este despertar de la actividad política partidista, se enhebran los sectores políticamente activos de la intelectualidad, que en gran medida habían pasado por los angustiosos revisionismos y reconsideraciones de sus pasadas estrategias a que hicimos antes alusión. ¿Cuál era ahora el panorama que se les presentaba?

La redescubierta valorización de la democracia hacia poco atractivo el peronismo, a pesar de su fuerte comportamiento obrero y popular. Sus alas extremas, tanto de derecha como de izquierda, aparecían como claramente enemigas de un régimen de convivencia civilizada. Pero también el peronismo clásico, el que soñaba con la primera presidencia de Perón, era visto como poco preocupado por las libertades públicas, y con un mal panorama, en lo referente a política cultural y universitaria. En cuanto a su condición de representante obrero o sindical, ésta era minimizada por el revisionismo acerca del papel de la clase obrera, sobre todo de los sindicatos, en especial si eran autoritarios y burocráticos en su funcionamiento interno. El radicalismo, en cambio, aparecía como un partido de trayectoria democrática, a pesar de su historial de vinculaciones con militares durante la lucha contra el autoritarismo de los primeros gobiernos

del general Perón, sobre todo el segundo. La llamada de algunos radicales a los cuarteles era visto como un recurso ocasional, para prevenir tendencias totalitarias en los gobiernos peronistas, pero no como parte de un modelo permanente. En cambio los acercamientos de algunos jefes peronistas con los militares eran interpretados como el resultado de una mayor convergencia en las actitudes, un intento de recrear las condiciones de la alianza entre fuerzas armadas y pueblo gestada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión a partir de 1943. En cuanto a los partidos de izquierda, eran vistos como dinosaurios anticuados, totalmente faltos de modernización, repetidores de viejas consignas apenas renovadas.

El momento alfonsinista

La maduración de la *intelligentsia* de orientación socialista en el país coincidió con una particular apertura a nuevas estrategias por parte del sector de la Unión Cívica Radical, liderado por Raúl Alfonsín. Desde hacía años éste venía batallando por mover al radicalismo un poco hacia la izquierda, superando su profundo antiperonismo, y procurando hacerle salir de su tradicional 25% del electorado, que con algunas oscilaciones le era fiel en general. Ahora, la posible incorporación de muy amplios sectores de la izquierda *aggiornata* le abría una perspectiva muy prometedora. Efectivamente, la izquierda podía estimarse, en cuanto a fuerza electoral, en algo más de un 10% del total. En 1973, en las elecciones de Campora, los partidos definidos como de izquierda habían obtenido casi ese monto, y además había que sumarles los muy numerosos que estaban incorporados al voto camporista. Claro está que no toda la izquierda afluiría al radicalismo, pero por lo menos se podía sumar un 10% al 25% tradicional, lo que daba una base para empezar a pensar en

luchar contra un peronismo que quizás había perdido algo del 50% obtenido en la elección presidencial comparable de 1973, pero que es difícilmente estimable en menos de un 45% del total nacional. Para usar la fraseología cara a Perón, Alfonsín, para pasar la zanja del 50%, necesitaba todavía sumar a su tablón eventual del 35% algo más. Pero al menos con una base del 35% se podía estar seriamente en carrera, algo impensable con el tradicional 25%, resultado de la acostumbrada fragmentación de las fuerzas antiperonistas. Con el desarrollo de la campaña lectoral, durante 1982 y 1983, ocurrieron dos fenómenos: fue cada vez más claro a la opinión pública que Alfonsín realmente obtendría la suma de su 25% más el 10% de la izquierda renovada y, ante la existencia de este importante polo, la derecha, que en 1973 había arañado el 20% en sus infinitas fracciones, se fue acercando a la decisión de votar por Alfonsín, aun cuando no gustara de los nuevos compañeros del conocido líder radical. El resultado fue que la derecha en 1983 sólo dio a sus propios partidos el 5% del voto total, o sea que se volcó masivamente en el radicalismo, facilitándole la victoria. El peronismo perdió, desde la base de 1973, diez puntos porcentuales, o sea que se le fue no sólo la izquierda incorporada y aliada en el Frente Justicialista de 1973, sino que también perdió algunos electores tradicionales, ganados por la nueva imagen de Alfonsín, que les daba más seguridad mientras su propio partido no limpiara a fondo sus establos de Augías.

La incorporación de amplios sectores de la izquierda abría una perspectiva muy prometedora a la Unión Cívica Radical.

El radicalismo, justamente porque sabe que no infunde ningún pánico en la derecha empresarial, puede emprender un trabajo específico sobre ciertos sectores militares.

La victoria de Alfonsín ayudó a consolidar la democracia por dos razones principales. Primero, porque su partido era el de más claras convicciones democráticas. Segundo, porque daba a los militares y a la derecha más garantías de transición suave que el peronismo. Esto último es discutible, y merece algunas consideraciones cuidadosas.

Hacia finales de la dictadura se hablaba de un pacto militar-sindical, que reflejaba la posible convergencia de militares y sindicalistas burocráticos para mantener el sistema corporativo y el predominio de grupos de interés oligárquicamente controlados. Esto se decía dentro de la perspectiva, que casi todos daban por segura, de una victoria peronista en las urnas. El radicalismo, en cambio, se perfilaba como el partido de la decencia cívica, de la ética, y por lo tanto preparado para dismantelar las estructuras abusivas del corporativismo *de facto* que vivió el país por tantas décadas. En esta perspectiva, el peronismo —expresión principal del sistema burocrático— podía verse como un partido de derechas relativamente al radicalismo. Este aparecía como más izquierdista aunque no extremo, sobre todo más dispuesto a introducir cambios en el sistema de poder existente.

Esta perspectiva es a mi juicio errónea aunque refleja una parte de la realidad. Ella privilegia exageradamente los aspectos

puramente políticos de la estructura social argentina, dejando de lado los componentes económicos y clasistas, o sea el anclaje real de cada partido en sectores ocupacionales. Es preciso revisar alguno de los esquemas antes aludidos, empezando por el pacto o convergencia militar-sindical. A esa imagen hay que contraponer la innegable realidad de que prácticamente *todos* los golpes militares (y los internos fracasados también) realizados en el país desde 1945 inclusive han estado dirigidos contra gobiernos peronistas existentes o previsibles. Nunca los militares se preocuparon por una victoria radical; a lo sumo estaban nerviosos por la perspectiva de que un gobierno radical (el de Frondizi en 1962 o el de Illia en 1966) fuera demasiado blando y permitiera el temido retorno peronista.

Pero si esto es así, entonces, ¿es una mera ilusión el «pacto militar-sindical»? No necesariamente. Lo que ocurre es que siendo el peronismo el principal contrincante histórico de los militares —como el aprismo en Perú— le es necesario buscar pactos de convivencia con su adversario para llegar a una pacificación. Los radicales no necesitan eso porque nadie sospecha de ellos un ataque de las bases de sustentación de la derecha militar-empresaria, mientras que sí se teme ese ataque por parte de un peronismo que fácilmente se radicaliza debido a la estructura social de su apoyo. Por cierto que esa amenaza peronista afecta más al sector empresarial que al militar de la derecha, pero ambos están conectados, y a pesar de las apariencias el sector empresarial de la derecha es más importante que el militar, incluso en un país tan afectado por el militarismo como Argentina. Pues el motor que acciona a los militares es encendido, en gran medida, por los temores que cunden entre las clases dominantes respecto de lo que puede depararles un gobierno peronista.

Se argumenta, sin embargo, que el radi-

calismo realizó los juicios a los militares, que a pesar de sus limitaciones han tenido un impacto sobre las fuerzas armadas difícilmente imaginable bajo un gobierno peronista. Esto es cierto, aunque es preciso decir que lo ocurrido era también difícil de imaginar antes de la terminación de la dictadura. Los procesos a las juntas y a otros responsables de la represión y la tortura fueron más allá de lo esperable, en parte impulsados por la propia lógica de un sistema judicial y una opinión pública libres. Es posible que bajo un gobierno peronista se hubiera aplicado un indulto o amnistía. A mi juicio ello no se debe a la existencia de sectores más de derecha en el peronismo —que los hay— sino más bien al hecho de que la mayor presencia de elementos *anti-statu quo* en el peronismo lo hace peligroso, y por lo tanto para curarse en salud éste prefiere poner sordina a las acciones que pueden infundir pánico en amplias capas de la derecha militar-empresarial. El radicalismo, en cambio, justamente porque sabe que no infunde ningún pánico en la derecha empresarial, puede emprender un trabajo específico sobre ciertos sectores militares. Lo cual ha sido muy positivo, y debemos alegrarnos de que haya ocurrido, pero no debe hacernos perder la perspectiva general.

Hacia una nueva coalición

Es un hecho, de todos modos, que en el peronismo existen todavía grupos de derecha en cantidades no comparables con el radicalismo. ¿Cómo se compatibiliza esto con mi afirmación anterior de que el peronismo está colocado más a la izquierda, en general, que el radicalismo? La respuesta es obvia en términos de todo el análisis que he estado haciendo: se trata en ambos casos de coaliciones entre actores sociales, y las condiciones peculiares de Argentina, como de muchos países del Tercer Mundo, favorecen la creación de alianzas muy

Para una política socialdemócrata se precisan por lo menos dos elementos: la clase obrera sindicalmente organizada, y un equipo de intelectuales con fuerte componente técnico.

heterogéneas en el sector popular. Ocurre que, como es habitual en Argentina y en otras partes del continente, las cartas siguen mal barajadas y ello, claro está, por razones estructurales y no personales. Cuando digo «mal barajadas», abusando algo del lenguaje, me refiero a que lo están desde el punto de vista de las perspectivas de una política socialdemócrata en el país.

Efectivamente, para una política socialdemócrata se precisan por lo menos dos elementos coaligados: la clase obrera sindicalmente organizada y un equipo de intelectuales con fuerte componente técnico (tecnocrático, si se quiere; en otras palabras, fabiano). Sin esos dos componentes aliados podrá haber democracia, incluso a veces avance social, pero no proyecto socialdemócrata. Se me responderá: ¿qué importa si no hay eso que usted llama «proyecto socialdemócrata», si se consolida la democracia y además se dan algunos avances sociales, dadas las limitaciones que las condiciones económicas internacionales ponen a nuestra libertad de movimiento? ¿Acaso los mismos Mitterrand o Felipe González no han tenido que dar marcha atrás en muchas de sus conquistas de cuño socialista, llegando incluso a tener que enfrentarse a sectores de la clase obrera y del sindicalismo?

El argumento es sólido; al fin y al cabo, por algo la mayoría de la *intelligentsia*

***La continuación de un
gobierno radical da más
garantías de estabilidad
democrática y más tiempo
al peronismo para
transformarse.***

potencialmente socialdemócrata se ha volcado al alfonsinismo. Encuentran en él un lugar más respetado, una mayor libertad de acción, una mayor garantía de que se van a consolidar las instituciones de la democracia en el país, empezando por las que operan en el seno del partido. Y la consolidación de la democracia ya definitivamente se ha convertido para esa *intelligentsia* en el aspecto prioritario de toda política hacia el socialismo. Ello no basta, claro está, pero de ninguna manera hay que poner en peligro su vigencia, ni argumentar que se trata de una democracia burguesa y por lo tanto cuestionable y reemplazable por otra más genuina. Hay que ampliarla, robustecerla, darle contenido social e igualitario, pero respetando sus reglas de juego.

El peronismo, aunque notablemente renovado en sus niveles dirigentes, aún mantiene fuertes características intolerantes, que en parte son reflejo del autoritarismo típico de los estratos más humildes de la sociedad argentina, pero que también derivan de la participación de sectores intelectuales de derecha. En ciertas provincias y en varios sindicatos la renovación no ha ido aún muy a fondo. Todavía debe pasar más tiempo para que el peronismo termine de eliminar muchos elementos que son claramente nocivos a la democratización, tanto en la vida diaria como en las instituciones que controla y en el ámbito cultural. Este último es un tema

particularmente importante para la *intelligentsia*, puesto que se trata de su área de actividad. La tendencia en el sentido de una depuración, pero ésta no es automática o inevitable. Hay que generarla, peleando por ella, tanto desde dentro del peronismo como desde fuera, por parte de quienes estarían dispuestos a colaborar con un justicialismo modernizado, purificado de ciertos componentes que pueden haber sido inevitables en etapas previas del desarrollo nacional, incluso necesarios para formar la coalición triunfadora de 1943-46, pero que hoy son perjudiciales en términos de capacidad de convocatoria, e indeseables por motivos éticos e ideológicos.

Volvamos ahora a la tesis de que la socialdemocracia exige, además de una democracia consolidada, una mecánica de reforma social, sin duda limitada por los condicionantes externos e internos de la economía y por la estructura de clases, pero que debe ser, en cada momento, lo más audaz posible. Y para esto es preciso tener a la fuerza sindical incorporada directamente al esquema partidario, o indirectamente aliada. Por lo menos una porción muy importante del sindicalismo debe estar con el movimiento socialdemócrata, y el resto, aunque eventualmente se adscriba a un partido distinto, no debe estar ubicado como principal antagonista. Precisamente por esto, no me parece que el esquema alfonsinista sea el modelo adecuado para una fuerza socialdemócrata en Argentina, a pesar de las intenciones de una buena parte de la dirección radical actual. No estoy pensando ahora en críticas a medidas concretas, incluso las que el equipo económico se ha visto obligado a adoptar, de tipo excesivamente recesio-nista o regresivo en el aspecto distributivo. No es esa la base de mi crítica. También en España o Francia se adoptaron en determinados momentos ese tipo de políticas (y antes en otros casos semejantes). Lo que me parece más determinante es saber si en

la «casa» político-partidaria que estamos examinando están incluidos los dos elementos antes aludidos como indispensables: la *intelligentsia* y la fuerza sindical. No lo están en el radicalismo, luego ésta no es una fuerza socialdemócrata. Pero tampoco lo están en el peronismo, luego ésta tampoco lo es. ¿Adónde recurrir entonces? ¿A alguno de los grupos pequeños de la izquierda más «pura»? Estos son demasiado minoritarios, y antagónicos entre sí, como para convertirse en un plazo prudencial en principal vehículo del proyecto. Es preciso tenerlos en cuenta, y no sólo a los de explícita convicción socialdemócrata, para no desperdiciar el poder de movilización y de convocatoria y el entusiasmo juvenil que a menudo poseen, aunque muchos de ellos quedan fuera de la fórmula socialdemócrata, porque ésta necesariamente debe enfrentarse a las inmadureces y a los extremismos voluntaristas tan difundidos entre activistas de izquierda. De todos modos, hay que incorporar una parte importante de este grupo humano, lo que se facilitará si dentro de él se robustece el sector que explícitamente comparte los valores que se quieren defender.

Por el momento, la continuación de un gobierno radical da más garantías de estabilidad democrática y más tiempo al peronismo para transformarse de manera permanente, que si éste asumiera el poder en condiciones que pueden llegar a ser prematuras. Sin embargo, a la larga, el justicialismo es un órgano más adecuado para la canalización de una política socialdemócrata. No como partido único representante del proyecto, sino como componente, seguramente principal, en una nueva alianza que incluya otro sector, relativamente menor electoralmente pero no despreciable, explícitamente socialista. No estoy hablando de una mera coalición entre lo que es hoy el justicialismo (43 por ciento del voto nacional incluyendo escisiones locales) y la actual izquierda (un 7

por ciento dividido casi en partes iguales entre intransigentes, socialdemócratas, troskistas y comunistas), una parte de la cual no es útil debido a su extremismo. Lo que se precisa es que desde el justicialismo o desde un sector de esa izquierda renovada, se dé una convocatoria equivalente a la que en su momento realizó Alfonsín, que cambió la imagen y la realidad de la dirección intermedia radical que adquirió un perfil intelectual y profesional que nunca había tenido.

Para terminar, resumiendo algunos de los puntos expresados en estas páginas, creo que en el momento presente el modelo socialdemócrata no tiene hogar partidario adecuado en Argentina, aunque es legítimo para individuos con esa ideología militar en varios lugares: sea en el radicalismo, buscando sobre todo robustecer su papel de defensor de la incipiente democracia, como en el peronismo, para renovar más a fondo sus estructuras, o en los varios partidos autodefinidos de izquierda, para actualizarlos y adecuarlos a la realidad nacional. Pero en algún momento hay que dar el paso siguiente. Ese paso implicará un progresivo corrimiento partidario, que deberá incluir al justicialismo y reconocer un papel a buena parte de las estructuras de poder del actual sindicalismo, parcialmente renovados ambos, ya que es ilusorio seguir fantaseando con su desaparición.

***A la larga el justicialismo,
como componente en una
nueva alianza, es un
órgano más adecuado
para una política
socialdemócrata.***

En cuanto a los intelectuales, ellos deben tener presente que así como la socialdemocracia para arraigar en el panorama político europeo tuvo que hacer concesiones a las realidades de poder de sus respectivos países, nosotros en este continente debemos hacer adecuaciones equivalentes, pero distintas. Se hicieron al entrar en una coalición tan policlasista como el alfonsinismo, y se deberán hacer para

entenderse con un movimiento que, como el peronismo, seguirá por bastante tiempo teniendo caracteres poco atractivos para los ideólogos más exigentes. Saber apreciar el momento y el grado de estas convergencias de actividades, que por cierto deben venir de ambas partes, es la tarea principal que debe afrontar una estrategia de la socialdemocracia en Argentina.